

LOS PRIMEROS CORRESPONSALES DE GUERRA: ESPAÑA 1833-1840

Por *Alfonso Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera*

Catedrático de Historia Contemporánea y Rector
Universidad CEU San Pablo

En el epitafio de la tumba de William Howard Rusell, cuyas crónicas sobre Crimea popularizaron el periodismo de guerra, puede leerse: “El primero y más grande corresponsal de guerra”. Tal afirmación, en lo que a la primacía se refiere, y pese a estar recogida en numerosas obras, dista mucho de ser exacta, como reconoce Phillip Knightley en su clásica obra sobre los corresponsales de guerra, en la que considera que tal honor pudo corresponder a G.L. Gruneisen, uno de los periodistas de los que hablaremos a lo largo de las presentes páginas.¹

Si acudimos a los historiadores del periodismo, podemos encontrarnos con afirmaciones tan curiosas como que los primeros corresponsales fueron Herodoto, Tucídides y Jenofonte, con lo cual estaríamos asistiendo a una confusión entre Historia y Periodismo. Algunos hilan más fino, y plantean que este honor recaería en Julio Cesar, que elaboraba sus relatos sobre la Guerra de la Galias para que fueran difundidos en Roma y ayudaran a crear un ambiente a su favor, pero aun prescindiendo del pequeño detalle de que entonces no existían periódicos, nos encontramos fundamentalmente ante un caso de uso inteligente de la propaganda.

Cuando rastreamos en busca de antecedentes que no entren en el campo de lo mítico la bibliografía nos habla de dos personajes que no son ajenos a España: Henry Crabb Robinson, que cubrió las campañas napoleónicas de 1807 en Prusia y 1808-1809 en España, y Charles Louis Gru-

¹ Phillip KNIGHTLEY: *Corresponsales de Guerra*. Barcelona, Euros, 1976, p. 11.

neisen, que acompañó a las tropas de Don Carlos durante la Primera Guerra Carlista. El precedente de Robinson resulta discutible, pues en lugar de marchar con las tropas optó por establecer su residencia en retaguardia y crear una red de agentes que le mantenía informado de lo que pasaba en el frente. Gruneisen, por su parte, acompañó a las tropas carlistas en su marcha sobre Madrid en 1837 y fue hecho prisionero por los isabelinos, que a punto estuvieron de pasarle por las armas.²

En las conclusiones de su reciente libro sobre la labor de Henry Crabb Robinson en España, Elías Durán analiza las características que se han dado para definir que es y que no es un corresponsal de guerra y llega a la conclusión de que a Henry Crabb Robinson puede considerársele como tal, pues sobre no estar claro que el corresponsal de guerra deba permanecer en el frente, donde la información a la que puede acceder es muy limitada, sus dos últimas crónicas, enviadas cuando las tropas francesas están llegando a La Coruña, si cumplen con este requisito, aunque no porque el periodista se acercará a la guerra, sino porque la guerra se acercó a él.³ Durán llama también la atención sobre otro periodista, Peter Finnerty, que se enroló en la expedición de Walcheren en 1809 y consiguió enviar una docena de despachos dando detalles sobre la campaña antes de ser obligado a regresar. En una comunicación a las *XIV Jornadas nacionales de Historia Militar*, este mismo autor nos habla de John Bell, que en 1794 sigue durante dos meses a las tropas del Duque de York dando noticia sin tapujos de la falta de orden de las fuerzas británicas y los errores cometidos por el segundogénito de Jorge III.⁴

² Trevor ROYLE: *War report. The war correspondent's view of battle from the Crimea to the Falklands*. Worcester, Mainstream Publishing, 1987, pp. 16-18; Frederick L. BULLARD: *Famous war correspondents*. New York, Beekman Publishers inc, 1974, pp. 6-9. Ambos autores se muestran claramente favorables a los méritos de Gruneisen sobre los de Robinson, aunque terminan por volver a Carter. También José ALTABELLA: *Corresponsales de Guerra. Su historia y su actuación. De Jenofonte a Knickerbocker pasando por Peris Mencheta*. Madrid, Febo, 1945, pp. 62-64 recoge someramente la presencia de ambos en España. No estaría de más indagar sobre posibles antecedentes en la guerra de Independencia de los Estados Unidos, aunque es muy discutible que las crónicas que aparecían en la prensa de rebeldes y realistas excedan de la propaganda: Cfr. Nathiel LANDE: *Dispatches from the front. News Accounts of American Wars, 1776-1991*. Nueva York, Henry Holt and Company, 1995, pp. 3-46.

³ Elías DURÁN DE PORRAS: *Galicia, The Times y la Guerra de la Independencia. Henry Crabb Robinson y la corresponsalía de The Times en A Coruña*. . La Coruña, Fundación Barrie de la Maza, 2008, pp. 345-370. El libro es producto de una tesis doctoral elaborada bajo mi dirección en la Universidad CEU Cardenal Herrera de Valencia.

⁴ Elías DURÁN DE PORRAS: "Corresponsales de Guerra británicos en las guerras revolucionarias y napoleónicas", en *XIV Jornadas nacionales de Historia Militar. El General Castaños*

Aunque es posible que una minuciosa investigación pudiese descubrir algún corresponsal de guerra más en las campañas bélicas de la Revolución y el Imperio, lo cierto es que su número fue muy limitado, y que hasta la fecha tan sólo se ha podido localizar a tres (incluyendo Robinson) que desempeñaran este papel, y de ellos ninguno permaneció siguiendo el conflicto durante más de seis meses. En Europa hubo posteriormente algunos conflictos que por lo que nosotros sabemos no han sido estudiados desde esta perspectiva, y en los que tal vez pudiéramos encontrar alguna sorpresa, como la campaña de los Cien Mil Hijos de San Luis en España en 1823, la Independencia de Bélgica en 1830 y la guerra civil portuguesa, donde damos por sentado habría más de un corresponsal británico en Oporto, ciudad que estuvo sometida a un duro sitio en 1832-1833.⁵

Pero muy probablemente, y mientras no se demuestre lo contrario, la primera contienda en la que nos encontramos con la presencia relativamente generalizada de corresponsales de guerra es en la Primera Guerra Carlista, que enfrenta entre 1833 y 1840 a los partidarios del Infante Don Carlos con los de Isabel II por la sucesión al Trono de España. Que las campañas carlistas “atrajeron numerosos corresponsales extranjeros, a uno y otro bando”, fue ya notado por Altabella, que refiriéndose a la Primera Guerra cita a Hardman, Gruneirand (sic) y Lichnowsky, el último de los cuales, por más que escribiese en *La Gazette de l'Etat de Prusse* no creo pueda ser encuadrado en esta categoría, pues era un militar al servicio de Don Carlos y como tal tomaba parte en los combates.⁶

Son curiosas por tanto las alusiones que ya hemos mencionado a Gruneisen como el primer corresponsal de guerra de la historia, pues ni fue el único de los periodistas que vinieron a España a cubrir el conflicto, ni tampoco el primero. Es más, ni siquiera fue el primer corresponsal que el *Morning Post* envió a seguir la guerra. Que su nombre haya quedado en

y su época (1757-1852). Conocemos esta comunicación gracias a la copia que nos ha facilitado el autor, pues aún no ha sido publicada.

⁵ El caso belga no se nos habría ocurrido si no fuera porque es mencionado por ALTABELLA: *Corresponsales de Guerra*, p. 70 cuando hace una pequeña reseña biográfica de Michael Burke Honan.

⁶ *Ibidem*, pp. 63-64, donde añade: “En nuestra próxima obra hablaremos de ellos con la extensión merecida”, lo que creemos nunca llegó a hacer. Es curioso que cuando páginas después habla de Michael Burke Honan no lo sitúa en la guerra carlista, en la que como tendremos ocasión de ver jugó también un destacado papel.

el recuerdo puede deberse a la conferencia de hora y media que impartió en el Shire Hall de Hertford el 29 de enero de 1874 a los miembros de la Asociación Literaria, conferencia que fue publicada de forma inmediata, haciéndose constar en la portada el carácter de “corresponsal de guerra del *Morning Post* en España en 1837-8” de su autor. El tema resultaba de actualidad, pues España volvía a estar llena de corresponsales de guerra, que esta vez cubrían la Tercera Guerra Carlista. De no ser por esta conferencia y su posterior publicación es muy posible que su nombre hubiera quedado en el olvido, como ocurrió con el resto de sus compañeros, al menos en lo que a su experiencia española se refiere.⁷

No es tarea fácil dilucidar quien fue el primer corresponsal de guerra que cubrió la Primera Guerra Carlista, y no lo es porque cuando se produce la muerte de Fernando VII son varios los periodistas que se encuentran en Madrid como corresponsales habituales de sus periódicos y cuando surge la contienda civil dan cuenta de la misma, pero no creo que se les pueda considerar corresponsales de guerra en sentido estricto. A lo largo de la contienda otros muchos vendrán a España, esta vez movidos por el conflicto, pero mientras algunos establecen su sede en la Corte otros prefieren acompañar a los ejércitos, uniéndose a los isabelinos, a los carlistas, o pasando de unas filas a otras según lo consideraban oportuno, lo que en ocasiones fue origen de notables dificultades con las autoridades e incluso suscitó la incompreensión de sus colegas.

Es muy probable que el mejor conocedor de la Península que cubrió la guerra para la prensa británica fuese William Walton, corresponsal del *Morning Post*. Walton, en todas cuyas obras late un profundo amor a España, había publicado diversas obras sobre la América Española y en defensa de don Miguel de Portugal, y a lo largo de la guerra carlista se mostró como un constante defensor de don Carlos. Estuvo con el ejército carlista del Norte a finales de 1835 y además de sus crónicas, que prosiguió desde Bayona, es autor de un muy notable libro titulado *The Revolutions of Spain, from 1808 to the end of 1836. With biographical sketches of the most distinguished personages and a narrative of the war in the Peninsula down the present time, from the most authentic sources* (Londres, Richard Bentley, 1837, 2 vols.), fuente de gran interés para el estudio de la

⁷ Charles Lewis GRUNEISEN: *Sketches of Spain and the Spaniards during the Carlist War*. Londres, W.H. and L. Collingridge, 1874.

Primera Guerra Carlista, a la que está dedicado en su integridad el segundo volumen.

Otro corresponsal del mismo periódico fue Edward Bell Stephens, que al igual que Walton nos dejó en un libro su relato de la guerra.⁸ Llegó a Bayona el 3 de septiembre de 1836 para preparar un viaje por Navarra y las Provincias Vascongadas como corresponsal del *Morning Post* acreditado en la corte de don Carlos. Cuenta que camino de Bayona se encontró con varios grupos de desertores de la Legión británica en pésimo estado. Habían huido del látigo del general Evans en San Sebastián esperando encontrar impunidad entre los carlistas en Hernani, pero fueron expulsados por el coronel Merry, jefe del batallón extranjero carlista, por "ladrones y bebedores irrecuperables". Abandonados por el cónsul británico en Bayona pasaron a las cárceles francesas, desde donde se les dirigió a su país "de la forma más desagradable que la refinada policía francesa pudo sugerir."⁹ El 15 de septiembre escribía un artículo contra la actitud de los barcos británicos en Bilbao, que comenzaba diciendo: "Nosotros estamos ahora en guerra con Don Carlos, o sea, con la gran mayoría de la nación española."

El libro de Stephens, al igual que el de Walton, es espléndido, y lleno de datos imposibles de encontrar en otras fuentes. Así, recoge que a poco de llegar a la zona carlista el marqués de Valde Espina le invitó a un festín en Mondragón en que dijo: "Han llegado en un día de suerte. Este día hace tres años, el 3 de octubre de 1833 (cuatro días después de la muerte de Fernando), yo cumplí la misión que me mandó Don Carlos proclamándole en Bilbao, a la cabeza de doscientos hombres, Rey de España y Señor de Vizcaya, Álava y Guipúzcoa. Hemos luchado duramente desde entonces para mantener este título, y me han quemado mi casa y mi hogar; pero lo estamos consiguiendo a pesar del gobierno de Madrid. Él tiene ahora respaldándole treinta mil soldados en armas, y ya es aclamado entusiastamente como soberano en mil doscientas ciudades y pueblos."¹⁰ La cita resulta de enorme importancia para el conocimiento de la sublevación carlista en las provincias Vascas, pues pese a que en nuestra

⁸ Edward BELL STEPHENS, Esq: *The Basque Provinces: their political state, scenery, and inhabitants, with adventures amongst the carlist and christinos*. London, Whittaker & Co, 1837, 2 vols.

⁹ STEPHENS, p. 3.

¹⁰ *Ibidem*, tomo I, p. 118.

tesis de licenciatura primero y en nuestra tesis doctoral después abordamos con gran extensión el tema no habíamos logrado encontrar una vinculación directa entre los alzados en Vascongadas y la Junta carlista de Madrid, vinculación que aquí queda de manifiesto en la persona del marqués de Valde Espina.

Problema que complica enormemente la realización del censo de los corresponsales que cubrieron la guerra, hasta el punto de que muchas veces han de descubrirse en los libros que escribieron y no en las crónicas publicadas, es que la mayor parte de las veces sus crónicas aparecen sin firmar, con indicaciones tan vagas como "from our correspondent", "from another correspondent", "from our own correspondent", "private correspondent", etc., y por si fuera poco hay ocasiones en que coinciden un par de corresponsales del mismo periódico en la misma zona.

El corresponsal del *Morning Herald*, probablemente Georges Mitchell, cuenta como a finales de junio de 1835 cruzó la frontera para poder confirmar la muerte de Zumalacárregui, lo que hizo mediante una nota firmada en Vera el 28 de junio.¹¹ El 29 escribía una crónica en la que afirmaba que había tenido la fortuna de conocerle, y que había estudiado su carácter y sus movimientos. El 9 de diciembre en nota sin firmar pero que por la defensa que hace en primera persona de los ataques recibidos del *Chronicle* se puede afirmar sin temor a dudas que es Mitchell, expone que en el mes de mayo estuvo en el cuartel general de don Carlos, y que su pasaporte tenía 13 visas de las autoridades francesas y españolas, que correspondían tan sólo a los viajes efectuados oficialmente.

El 14 de diciembre el periódico publica una nota fechada en Hernani el día 3, sin firma, pero que da toda la sensación de ser de Michael Burke Honan. El día 16 se reproduce un escrito enviado desde Oñate diez días antes "from our correspondent", y el 25 aparece una nueva crónica "from our correspondent" fechada en el cuartel general de Don Carlos en Oñate el 13 de diciembre y en la que por primera vez aparecen las iniciales M.B.H. En ella afirma que lleva catorce días viajando por las Provincias y que se proponía entrar en Vizcaya. Es una crónica general e interesante sobre los hombres y recursos de los carlistas, como llegó hasta ellos y las expectativas de la guerra. El día 23, ya de vuelta en Bayona, Honan afirma que la

¹¹ *The Morning Herald*, 6.VII.1835

prosperidad que había visto en las Provincias no era comparable con la de cualquier otro punto de España.¹²

Honan pasó de Francia a la zona isabelina, y publicó un libro contando sus impresiones de uno y otro bando en el que hace una magnífica descripción de la zona carlista y recoge sus problemas en la liberal, pues a los dos días de llegar a Madrid fue advertido por el Gobierno y el Embajador británico de que debía abandonar el país.¹³ Honan decidió no cumplir la orden hasta que la recibiera por escrito, lo que nunca ocurrió, y se dedicó a frecuentar los lugares públicos evitando las casas de los conocidos como carlistas. Una noche, tras haber estado en un baile de la mujer del Príncipe de la Paz, fue despertado a las seis de la madrugada con orden de salir de inmediato hacia Lisboa. En la calle le esperaba un coche y pese a todos sus esfuerzos tan sólo consiguió media hora para prepararse a partir, aunque luego hubieron de esperar otras dos al mayoral en el Puente de Segovia, pues estaba en una taberna vecina “fumándose un cigarro o despidiéndose de sus amigos.” Pronto intimo con el oficial de la escolta que lo llevaba: “Entonces empezó a hablar de él y de su ocupación, del gobierno, de la policía, de los cristinos, y carlistas; y si la mitad de lo que decía era verdad, se habían cometido escenas de iniquidad en los dos últimos años en el nombre de la libertad, en Madrid, que excedían las de los peores días de la Inquisición. Me contó que él y sus compañeros estaban empleados casi todas las semanas en visitas domiciliarias, y se llevaban al alba a los sospechosos del seno de sus familias, y pasaban con ellos la frontera.” Claro que no todos tenían tanta suerte, pues su último servicio había sido recoger en su casa a un coronel carlista que el Gobierno había sabido estaba en Madrid. Se le trató con todo respeto, igual que a Honan, pero al llegar a veinte leguas de Madrid fue fusilado por un piquete de quince soldados que le esperaba para ello.¹⁴

Al llegar a Navalcarnero se les incorporó una escolta de quince hombres, lo que convirtió un viaje de tres días en una marcha de diez:

“Hombre, dije yo al oficial -usted tiene el poder de robarme mi libertad, pero no de privarme de mi tiempo. Si pierdo dinero, puedo ganarlo; si pierdo

¹² *The Morning Herald*, 29.XII.1836.

¹³ Michael Burke HONAN: *The Court and Camp of Don Carlos; being the results of a late tour in the Basque Provinces, and parts of Catalonia, Aragon, Castile, and Estramadura*. London, John Macrone, 1836.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 398-402.

mi mujer, puedo encontrar otra; si mi reloj, hay abundancia de buenos fabricantes; una comida puede ser reemplazada por una cena; pero usted me quita siete días de tiempo, nunca podrán ser recobrados". "Amigo", replicó, "que gente tan extraordinaria sois los ingleses. Es algo en lo que yo no había pensado antes. Con toda seguridad es cierto; nosotros no podemos recuperar el tiempo perdido; pero aún así debemos ir con los soldados a su paso".-"Qué", dije yo "tiene usted miedo" -"No; pero si los carlistas me cogen, me despellean". "También lo harían conmigo". "Amigo, su piel no es la mía". "Pero si no hay carlistas en esta carretera". "No hay un pueblo que no esté lleno de ellos". "¡Oh! Yo pensaba que todo el pueblo estaba por la Reina" "Usted es un *farsante*, Don Miguel. Todos ellos son un conjunto de malvados carlistas, que me colgarían del primer árbol por el uniforme que llevo -el de la guardia Nacional" "Pero como no nos esperan, no pueden estar preparados, y por tanto nosotros podremos pasar". "Nos esperan, ciertamente, porque yo le digo que ellos están siempre dispuestos a desollar un urbano. Fíjese, en el próximo pueblo al que vamos, todos los hombres, mujeres, y niños son conocidos carlistas; nosotros le llamamos la pequeña Navarra". "¡Hombre! Usted me asombra; Yo creía que yo estaba entre los cristinos; pero yo veo como es; los carlistas son una mala especie, pero tienen a todo el país con ellos." "Si, no hay hombres honestos, excepto los que han emigrado y están comprometidos."¹⁵

También merece la pena destacar la narración que nos hace de los efectos de la guerra al atravesar una zona en teoría relativamente ajena a ella, como Extremadura:

"Las gentes de Extremadura son llamados los negros de España, por lo obscuro de su complexión. Las mujeres y niños son particularmente feos, y toda la apariencia del país tiene menos de agradable de lo que se encuentra en otras provincias. La población es bastante inadecuada a la extensión de los medios del distrito: las redadas diarias hechas para la recluta del ejército de la Reina la reducen aún más; y algunas de las más fértiles tierras del mundo están destinados durante algún tiempo a ser un yermo estéril. Yo no tenía idea de los desoladores efectos de las repetidas *quintas*, o conscripciones, hasta que he atravesado España en muchas direcciones, pero ningún lugar estaba tan golpeado por ellas como Extremadura, donde sólo vi viejos, mujeres y niños; los jóvenes habían sido llevados fuera en cuatro ocasiones durante los dos últimos años, y la tierra estaba cultivada solo en la proximidad inmediata de los pueblos.

[...]

Encontramos cuatro o cinco mil de estos conscriptos marchando hacia el Norte. Eran sobre todo muchachos de dieciséis a veinte años; muchos de ellos con andrajos, y parecían ser los especímenes más torpes de la juventud cristiana. Aprovechaban todas las oportunidades para desertar; y algunas compañías de soldados veteranos les escoltaban de ciudad en ciudad para impedirlo."¹⁶

¹⁵ *Ibidem*, pp. 403-404.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 408-411.

Sin embargo, y pese a la indudable importancia de los libros publicados por los corresponsales de guerra hasta ahora reseñado, quien hasta la fecha ha alcanzado una mayor notoriedad es, como ya hemos comentado al principio de este artículo Charles Lewis Gruneisen. A la hora de hablar de las circunstancias bajo las cuales comenzó su carrera como *Special* en España, Gruneisen señala que los líderes *Tories* estaban deseosos de tener una información auténtica y depurada de lo que ocurría en la Península y de la actuación de la Legión Británica encabezada por Evans. Gruneisen estaba en contacto con el *Morning Post* desde 1834, y conocía a los defensores de Don Carlos en Londres, incluido Walton, cuyas publicaciones elogia.

“Además, había expresado el deseo de ver personalmente a los líderes carlistas y conocer sus expectativas, y también sus intenciones de gobierno para el futuro. Quizás también actué por la juvenil curiosidad de ver algunas de las realidades de la guerra. De cualquier modo, una mañana en marzo de 1837, el director del *Morning Post*, Mr. C.E. Michele, que fue después cónsul en San Petersburgo, me llamó y tras establecer que era ciertamente la intención del ejército carlista dejar las provincias vascas para marchar sobre Madrid, me preguntó si yo estaría dispuesto a acompañar la expedición real como corresponsal, visitando primero San Sebastián para informar completamente de la situación de la Legión Británica. Sin un momento de duda acepte la misión, y unas pocas horas fueron suficientes para coger mis instrucciones de la oficina, conseguir mi pasaporte para España vía Francia, hacer rápidos preparativos, y salir con el correo nocturno hacia Dover.”¹⁷

Tras consultar con las agentes carlistas en París Gruneisen se dirigió a Bayona con el propósito de cruzar la frontera, lo que consiguió a través del Bidasoa gracia al buen hacer de los contrabandistas y con algunos tiros de por medio. Al llegar a una posada situada a doscientas yardas de Irún se encontró con un grupo de oficiales españoles y franceses que le impresionó muy favorablemente y con los cuales, “tras hablar un poco sobre la expedición, la conversación discurrió sobre arte y literatura”. Incorporado sin problemas a la misma, Gruneisen salvó la vida a varios prisioneros isabelinos en la acción de Herrera, y también ayudó al general Solano, encontrado al día siguiente en un establo cercano al lugar de la batalla. Su comportamien-

¹⁷ GRUNEISEN: *Sketches of Spain*, p. 14.

to mereció la aprobación de Don Carlos, que le manifestó que era tan merecedor de la medalla conmemorativa de la batalla por su humanidad como sus oficiales por su bravura.¹⁸ Después de la victoria no se marchó de inmediato contra Madrid, como todo parecía aconsejar, pues se perdieron ocho días con la excusa de que se podría caer sobre la división de Oráa y destruirla: “Uno de los grandes defectos del carácter de los españoles es la demora –están siempre dispuestos para prometer hacer mañana lo que deberían hacer durante el día.”¹⁹

Finalmente la expedición comenzó la marcha sobre la capital y el 12 de septiembre, antes de llegar a Arganda, Don Carlos, que había oído la alegría de sus tropas al vislumbrar la capital le llamó y con lagrimas en los ojos le dijo: “Ahí está Madrid.” Gruneisen fue pues testigo de excepción del día que tal vez con un poco más de decisión por parte de los legitimistas hubiera podido suponer su triunfo. Vio como las tropas de Cabrera hacían prisionero a un coronel de caballería que avanzó desde Vallecas para hacer frente a los carlistas y tuvo ocasión de que el Infante don Sebastián, al contemplar con su catalejo a la Reina Regente, que marchaba hacia el Prado con algunos batallones de infantería, le comentase: “¡Demonios, como ha engordado mi prima!”. Regresó a descansar a Arganda convencido de que la noche siguiente la pasaría en el palacio del duque del Infantado, al que había sido invitado por su hijo natural, José Álvarez de Toledo, brigadier de las tropas carlistas que le había señalado el edificio cuando se encontraban en las proximidades de la Puerta de Atocha:

“Fui despertado en medio de la noche por mi sirviente, que me llamaba para unirme al ejército, que estaba preparado para marchar. Yo pensaba, cuando me levante, que iba a haber un avance nocturno sobre Madrid, y quedé atónito al ver que las tropas desfilaban alejándose de Madrid. Fui a la casa donde estaba alojado don Carlos, para ocupar mi puesto usual con su séquito, pero encontré que había salido hacia algún tiempo. El general Cabrera estaba enfrente de la casa con su infantería, y me dirigí a él preguntándole: ¿qué significa este movimiento retrógrado? Sus ojos echaban fuego, y tan sólo respondió tres veces un juramento español que no es para ser mencionado a orejas educadas. Vi que no estaba de humor para hablar y cabalgué rápidamente para unirme al rey. En mi camino fui detenido por el infante don Sebastián, que me explico que un consejo de guerra había decidido que no sería prudente entrar en la capital, porque hubiera seguido una masacre por parte de los voluntarios y los realistas, y porque Espartero estaba en Alcalá de Henares

¹⁸ *Ibidem*, pp. 16-19.

¹⁹ *Ibidem*, p. 20.

con un gran ejército, fuerte en caballería y artillería, de las cuales éramos deficientes. “La partida, Alteza”, remarque amargamente, “la partida ha terminado, todo se ha perdido”. “¡Ah!”, replicó el Infante, “usted siempre ve la cara negra de todo”. Yo contesté- “cuando un rey marcha sobre su capital, y se retira de allí sin una batalla, su causa carece de esperanzas.”²⁰

Gruneisen participa a partir de este momento en los avatares de la retirada expedicionaria, y es testigo de cómo se incorporan a la misma en Mondéjar los habitantes de numerosos pueblos de Cuenca, “pero fueron una carga, porque estaban muy mal armados y desorganizados.” En su opinión “los habitantes de las montañas y la población agrícola de los valles estaban siempre con los carlistas”.²¹

El hecho de que el Pretendiente acompañase a la expedición daba lugar a curiosos episodios, como el que tuvo lugar en Covarrubias, donde “se hizo una proposición a Don Carlos por un agente de algunos de los bancos principales de Londres y París, de que si el reconocía los empréstitos contratados por los cristinos, se le ofrecería cualquier suma que necesitase y que el triunfo de su causa estaría asegurado. Los consejeros de Don Carlos tontamente declinaron la oferta.” Un incidente protocolario tuvo lugar tras la batalla de Retuerta, cuando se hizo un alto para que Don Carlos comiese algo de pan y unas cebollas, que ofreció a Gruneisen al ver como le contemplaba con cara de hambre: “Yo acepte dándole las gracias, por lo cual fui reprobado después por algunos de los Grandes, porque la costumbre en España es ofrecer todo a los huéspedes, los cuales, sin embargo, se espera que no lo acepten. Mi defensa fue que cuando un rey ofrece algo, es una orden. Se lo dijeron a don Carlos, que contestó riéndose: ‘Ah, M. Gruneisen, usted es mejor cortesano que los míos.’”²²

Ante la duda de que hubiesen llegado a su destino las crónicas que dirigía al *Morning Post* Gruneisen decidió abandonar la expedición en compañía de Henningsen, antiguo oficial del ejército carlista y autor de una notable relación de las campañas de Zumalacárregui,²³ pero que en esta ocasión marchaba con los legitimistas no como soldado, sino como corresponsal del *Times*. Al despedirse Don Carlos le otorgó la cruz de

²⁰ *Ibidem*, p. 23.

²¹ *Ibidem*, pp. 23 y 24.

²² *Ibidem*, pp. 24-26.

²³ HENNINGSEN, Karl Ferdinand: *The most striking events of a twelve month's campaign with Zumalacárregui, in Navarre and the Basque Provinces*. Londres, John Murray, 1836, 2 vols. La obra tuvo un gran éxito y se tradujo a numerosos idiomas.

Carlos III y le pidió que diese a conocer su verdadera imagen en Inglaterra, añadiéndole con una sonrisa que esperaba que al menos quitase de sus compatriotas la idea de que se proponía restablecer la Inquisición. Por su parte Gruneisen le manifestó que había una palabra en el diccionario español que debía suprimir para el buen curso de su causa: “mañana, porque vuestros servidores siempre posponen hasta mañana lo que deberían hacer hoy”.²⁴

Gruneisen se separó de la expedición en Molina el 17 de octubre en compañía de Henningsen, el vizconde de Pina, un correo de gabinete que marchaba con su criado y un par de contrabandistas. De ellos tan sólo el correo consiguió escapar de una partida de Francos que les sorprendió por el fuego que hicieron para calentarse durante la noche.

Gruneisen fue conducido a Zorzosa?, donde el alcalde le trató bien y la gente iba a visitarle “como si fuera una bestia salvaje del bosque –no tenían comprensión hacia el estatus de un corresponsal de un periódico de Londres.” Allí se presentó el coronel Antonio Miguel, “que como supe después era una criatura del bien conocido Zurbano o Martín Barrea (sic) de Logroño, jefe de los cuerpos francos que operaban en el Ebro. Primero arrebató de mis bolsillo mi reloj, mi dinero, mis papeles, etc., luego ordenó a sus hombres coger mi abrigo, chaleco y enseres; y me quedé en camisa y pantalones.”²⁵

El coronel le acusó de ser un faccioso, a lo que Gruneisen replicó tratándole de explicar que era un corresponsal de guerra encargado de transmitir noticias al *Morning Post*. No tuvo gran éxito, y el militar cristino le concedió un cuarto de hora para prepararse a morir. Gruneisen estuvo así a punto de convertirse en el primer corresponsal fallecido a consecuencia de la guerra: “Buen Dios –me dije a mi mismo- voy a morir como un perro por un periódico después de todo lo que he pasado por él.” La intervención a su favor del cura y el alcalde hicieron que Antonio Miguel desistiera de su propósito y accediese a llevarle hasta Muniesa para decidir sobre el caso. Por el camino el coronel de francos pensó que Gruneisen podía llevar dinero oculto en la camisa y se acercó a expoliarle, lo que el periodista –todo según su versión- aprovechó para saltar a su cuello y amenazar con precipitarle por un barranco: “Como todos los fanfa-

²⁴ GRUNEISEN, *Sketches*, pp. 27-28.

²⁵ *Ibidem*, pp. 31-32.

rrones el coronel en el fondo era un cobarde”, y juró que le llevaría vivo hasta Logroño si le perdonaba la vida, lo que cumplió. Eso sí, a cambio de que Gruneisen le diese su palabra de honor de no decir nada al gobernador sobre el caballo, dinero, reloj, mapas y otros efectos que le había robado: “Accedí a su propuesta negociando con él que me daría la mitad del dinero.”

Tras una noche en Muniesa, donde las gentes más importantes fueron a visitar al “redactor inglés”, continuó hacia Logroño, y por el camino se las arregló para escribir una carta al embajador británico para que le protegiese, carta que no dejó de surtir efecto, pues Villiers se entrevistó con el ministro de Estado, que envió un despacho a Logroño para que fuera tratado como un prisionero de guerra y que llegó seis horas antes de que lo hiciese la orden de Espartero mandándole fusilar:

“La subsiguiente explicación de Espartero fue que yo había hecho más daño con la pluma que cualquier espada de los generales carlistas. Posteriormente comunicó al general Wylde que debería fusilar a todos los corresponsales carlistas. Los periodistas son mejor tratados ahora, porque los "specials" del *Times* y del *Standard* en las provincias Vascas, y los del *Daily News* y el *Daily Telegraph*, han sido vistos como embajadores del cuarto estado. Nosotros lo pasábamos malamente en mi tiempo, pero las guerras de Crimea, India y Francia, han provocado el reconocimiento de los representantes de los periódicos, por su independencia y utilidad. Nosotros hemos sido y somos los guías de los historiadores, que estarán agradecidos por nuestros detalles, separados de los secos despachos y los formales relatos de los oficiales”²⁶

Gruneisen fue encerrado en el convento de Balbuena, en las afueras de la ciudad y su narración de esta improvisada prisión y de los hechos que ocurrían en ella es muy digna de ser tenida en cuenta. En el coro, en el lugar donde había estado el órgano, había entre sesenta y setenta personas, tanto carlistas como criminales. En las naves había otras seiscientas, de las que cuatrocientas eran galeotes con cadenas y el resto prisioneros carlistas, soldados y personas sospechosas de estar vinculadas con la causa. Los cristales habían sido removidos de todas las ventanas y entraba el aire frío. Comenta que en el espacio antes destinado al culto se oían ahora las blasfemias de los asesinos. Algunos de los detenidos eran soldados cristinos confinados por faltas militares, y a estos se les permitía a veces que sus amigos les visitasen y les llevarsen vino y provisiones. “Esta li-

²⁶ *Ibidem*, p. 36.

bertad era seguida por borracheras, y yo vi. escenas que nunca ha contado mi pluma.” Los prisioneros estaban llenos de chinches, carecían de abrigo de ninguna clase, ni tan siquiera paja y dormían sobre el suelo de piedra. La comida consistía en garbanzos o grandes judías blancas, empapadas de aceite rancio, con maíz o pan de maíz. Durante las primeras veintiocho horas de su encierro Gruneisen permaneció sin comida, y un prisionero le dio parte de su libra de pan, advirtiéndole que debía escribir al gobernador para que se le dieran raciones, que tardó cuatro días en obtener, viviendo mientras de lo que le daban algunos soldados. Muy a su pesar, Gruneisen fue testigo de la política de represalias que pese a la vigencia del Convenio Elliot aún se aplicaba en algunas ocasiones:

“Un día hubo una horrible escena. El alcalde de la ciudad vino a la prisión con una compañía de infantería, los tambores redoblaron, y se ordenó que todos los carlistas prisioneros se pusieran en fila. El alcaide anuncio entonces que como el comandante general había recibido noticias de que cinco prisioneros cristinos habían sido fusilados cerca de los Arcos, había ordenado como represalia el fusilamiento de doble número de carlistas. Los prisioneros serían seccionados por sorteo. Un soldado se quitó su sombrero mientras el alcaide colocó la lista de nombres, y una vez hecho un oficial sacó un papel y dijo el nombre, el prisionero se dirigió hacia el otro lado de la prisión, para ser colocado entre dos soldados. Expuesto como había estado durante la expedición, teniendo experiencia de salvarme en momentos peligrosos, la lectura de estos nombres fue la más terrible situación en la que nunca me he encontrado. Los españoles generalmente mueren bien, son fatalistas al respecto; pero la diferente forma en que los diez carlistas cuyos nombres fueron pronunciados recibieron su destino fue curiosa. Un hombre, un gigante de Aragón, de más de seis pies de alto, cayo al suelo en estado de inconsciencia, y tuvo que ser ayudado y sostenido por dos soldados: otro prisionero, un joven de no más de diecinueve o veinte años, cuya voz apenas se podía oír antes de que fuese pronunciado su nombre -estaba en el último estado de consunción- pareció crecer en altura y ganar en fuerza por la proximidad de la muerte; grito con voz penetrante: "Viva Carlos Quinto! ¡Viva el Rey Absoluto!". Cuando hubieron salido los diez nombres, y los prisioneros habían marchado hacia el lugar del fusilamiento, oímos todavía el grito de lealtad del joven por su rey. Pronto oímos la una descarga de fusilería, seguida de algunos tiros sueltos, y los diez hombres fueron llevados a una fosa común.”²⁷

Gruneisen permaneció diecisiete días en aquel “antro de horrores”, desde donde fue conducido, por orden del Gobierno, a una prisión más saludable, en la que se pensaba mantenerlos hasta el fin de la guerra. Al final la presión del conde de Molé y de Palmerston consiguió que Hen-

²⁷ *Ibidem*, pp. 38-39.

ningsen y él fueran puestos en libertad bajo palabra de no volver a España mientras durase la contienda: “una promesa que ninguno de nosotros detestaba hacer, porque como yo dije al general Van Halen, ‘yo, personalmente, no voy a visitar África.’ ‘¡África!’ dijo el general con indignación. ‘Sí’, conteste, ‘no puede creerse que España sea un país de Europa’”. Finalmente volvieron a Inglaterra, vía Bayona y París, en enero de 1838. Gruneisen padeció tics dolorosos durante varios años debido a los peligros y privaciones que había pasado. Su última visita a España tuvo lugar en 1866, fecha en que estuvo visitando Navarra y las Provincias Vascongadas para ver los campos de batalla de 1833-1840, con vistas a una historia de la guerra carlista que esperaba completar antes de su muerte (1879), lo que no debió conseguir, pues no hemos encontrado ninguna referencia de la misma.

Hubo también en España periodistas que escribían en los periódicos liberales ingleses y defendían la causa de la Reina, como Poco Más (pseudónimo de John Moore) que escribía para el *Morning Chronicle*, y Frederick Hardman, que antes de iniciarse en la profesión combatió en la legión británica.²⁸ Ambos publicaron libros contando su experiencia, aunque a nuestros parecer, y en lo que a la guerra se refiere, son superiores los de Walton, Stephens y Honan.

²⁸ POCO MAS: *Scenes and adventures in Spain from 1835 to 1840*. Londres, Richard Bentley, 1845, 2 vols; HARDMAN, Frederick: *Peninsular scenes and sketches*. Edimburgo, William Blackwood & Sons, 1846.

